Voces Del Lacio

Por Oblidio

Prólogo

El mensajero llegó cuando los miedos aún eran largos sobre el campamento.

Yo estaba revisando las cinchas del caballo cuando escuché mi nombre dicho con una rigidez que anunciaba malas noticias. Me entregó un cofre pequeño, envuelto en tela de viaje. No tuve que abrirlo para saber de qué se trataba, sólo un hombre en Roma podía haberme enviado algo así.

Mi tío.

Fui hasta mi tienda, aparté el casco y dejé el cofre sobre la mesa. Intrigaba más de lo que parecía. Lo abrí con cuidado y, al levantar la tapa, el olor a pergamino y aceite me golpeó con una oleada de recuerdos.

Adentro había tres rollos principales, sujetos con cintas gastadas, y otros más pequeños que servían de prólogo, notas y comentarios. En el primero, escrito con letra apretada, decía.

Para vos, que siempre viviste entre aullidos de dolor y acero. Acá dejo mis voces.

Mi tío nunca fue soldado. Le faltaba el temple para el combate, y él mismo lo admitía entre risas como un personaje en una comedia de Aristofanes. Pero tenía una habilidad que yo jamás tuve, sabía moverse entre los hombres que daban forma a la palabra. Horacio, Ovidio, Virgilio… él no fue amigo íntimo de ninguno, pero estuvo cerca. Los oyó discutir en patios, declamar en banquetes, pulir versos en noches de embriaguez agria.

Allí aprendió, en silencio, lo que después imitaba a su modo.

Era como él decía sin vergüenza un poeta menor.

Pero ponía en cada línea un fervor que otros reservaban para foros y tribunales.

Tomé uno de los rollos. La caligrafía era firme, algo inclinada, como si las letras avanzaran a la fuerza. Reconocí enseguida lo que intentaba hacer, había tomado frases célebres de los tres grandes y había compuesto pequeñas piezas inspiradas en ellas. No copias, no glosas eruditas.

Más bien sus propias versiones, nacidas de lo que él entendía, o creía entender, de esos gigantes.

Mientras hojeaba los pergaminos, pude imaginarlo en su pequeña casa de Subura, inclinándose sobre su mesa, esbozando versos para sí mismo, corrigiendo, tachando, suspirando, volviendo a empezar. Él jamás buscó la gloria. Sólo quería que alguien lo leyera algún día. Al parecer, ese alguien debía ser yo.

Me senté, dejé la espada a un lado y apoyé las manos en el cofre.

No suelo emocionarme fácilmente. La guerra te endurece o te quiebra. Pero ver ese trabajo años comprimidos en tinta y fibra me golpeó con una fuerza que no esperaba.

Decidí entonces que este recopilatorio no quedaría oculto en baúles ni se perdería en la humedad de una barraca pérdida.

Lo conservaría.

Lo ordenaría.

Le daría la forma que él no tuvo tiempo de darle.

Estos textos son la herencia de un hombre sencillo que vivió entre hombros de gigantes, pero que dejó su propia luz en la página.

Mientras seguía revisando los rollos, encontré uno más delgado, casi escondido entre los otros. Era una nota sin título. La abrí, y ahí mi tío contaba, con su humildad de siempre, cómo había llegado a esas voces.

Hablaba de una tarde en la que escuchó a Horacio corregir un verso bajo la protección de un laurel, rodeado de discípulos atentos.

De una noche en que Ovidio, entre risas y vino, improvisó una estrofa que jamás escribió después, pero que él (mi tío) guardó en la memoria como quien protege un verdad frágil.

Y de una mañana fría en que vio a Virgilio caminar por un jardín solitario, molestó con las palabras como si buscara el tono exacto del destino.

No eran amistades íntimas.

No compartió sus estancias ni sus glorias.

Pero estuvo allí, lo bastante cerca como para oír sus voces sin ser visto, lo bastante lejos como para no perturbar el círculo. Un espectador silencioso, un aprendiz que jamás dejó de serlo.

Pensé entonces que este tesoro no contenía doctrina, ni copias de maestros, sino lo que un hombre sencillo supo absorber al margen de la historia, el resonar de tres gigantes, filtrado por una vida modesta y enorme a la vez.

Cerré la tapa del cofre.

Afuera el campamento empezaba a despertar, las armaduras tintineaban, los caballos piafaban, el día reclamaba su derecho. Pero yo permanecí un instante más ahí adentro, sosteniendo ese legado entre mis manos como quien sostiene una enseñanza antigua que no debe extinguirse.

Prometí que lo cuidaría.

Que lo ordenaría.

Que lo presentaría tal como él habría querido, sin adornos, sin pretensiones, con la dignidad de lo verdadero.

Y así nace este libro.

De un tío que escuchó de cerca lo que la mayoría sólo conoce de oído.

De un soldado que nunca buscó versos y terminó encontrándolos.

De esas tres voces que aún resuenan suaves, inquietas, solemnes en el corazón del Lacio.

En la sangre Romana y en las páginas de quien les habla.

Y si ahora los presento, no es por vanidad literaria, sino porque lo prometí en recelo.

Su voz, humilde pero firme, no se perderá en el ruido del mundo, mientras yo siga vivo.

Introducción a Horacio

Libro Primero

Mi tío siempre decía que si Roma tuviera un juez, ese juez sonaría como un verso de Horacio firme, claro, sin ornamentos innecesarios. Algunos escriben para la eternidad, murmuraba, Horacio escribe para el día de mañana y por eso dura para siempre.

Cuando era joven, él solía colarse en los jardines donde los discípulos del poeta se reunían al atardecer. No se acercaba demasiado, le bastaba con escuchar. Una de esas tardes vio a Horacio inclinarse sobre una tablilla, tachar dos palabras y dejar una sola. "Ése es su arte", me contaba. Saber qué debe quedar, no qué debe añadirse.

Para mi tío, Horacio era el más humano de los tres grandes.

El más accesible.

El que hablaba no para héroes ni para amantes desbordados, sino para hombres como nosotros, quienes trabajan, quienes esperan, quienes viven entre obligaciones y pequeños placeres. En sus versos, decía él, había una forma de habitar mejor.

Por eso sus propios textos inspirados en Horacio son distintos de los otros.

Más breves.

Más templados.

Tienen la serenidad del vino que no busca embriagar, sino aclarar la mirada. Y aunque mi tío jamás pretendió imitarlo sabía muy bien la distancia entre un maestro y un aprendiz, trató de escribir con la misma honradez que él admiraba tanto, esa capacidad de mirar el presente sin vergüenza ni prisa.

Al ordenar los rollos, noté que siempre ponía a Horacio primero.

Porque es el que enseña a empezar, habría dicho.

Empieza uno leyendo sus palabras, y sin darse cuenta empieza también a escucharse a sí mismo. Ese era, según mi tío, el verdadero milagro del poeta.

Lo que sigue son las piezas que él compuso bajo el influjo de las sentencias horacianas, pequeñas luces, pequeñas verdades, pequeñas pausas.

No buscan elevarse, buscan asentarse, como el rastro que queda después de una marcha larga y deja ver el camino con los ojos de aquéllos que lo cruzan.

I Carpe Diem (poemas del tío)

No apures el día,

que viene solo,

con su paso de mula cansada.

No lo detengas,

que tampoco vuelve

cuando encuentra otra morada más calma.

Tomá lo que trae,

un sorbo de nostalgia,

una sonrisa que lastimará,

una mirada que no juzga.

Después dejalo ir.
El sol sabe su oficio,
y nosotros también,
estar vivos mientras dure.

II Aurea Mediocritas

No busco el monte alto,
que el viento allí muerde duro.
Tampoco el valle hondo,
donde la sombra se acostumbra al miedo.

Prefiero el lugar donde cae la tarde
sin hacer ruido,
donde la palabra alcanza
y el vino no se derrama.

Allí sé quién soy,
ni grande ni pequeño,
sólo un hombre
al que la vida le queda justa.

III Nil Desperandum

Cuando el destino te cierre la puerta,
esperá un momento,
no todo golpe es final.

He visto ramas doblarse
como si fueran a partirse,
y sin embargo, al amanecer,
seguían ahí, tercas, vivas.

La oscuridad hace molestia,
pero no manda.

Guardá una esperanza,
una sola,
aunque sea pequeña como un grano de trigo.

A veces basta eso
para que la noche
recuerde dónde empieza el día.

IV Pulvis et Umbra Sumus

Un día somos tragedia helena,

al siguiente, silencio.

Caminamos como quien pisa

un hilo que se mueve,

nada firme del todo,

nada perdido tampoco.

Los nombres que guardamos,

los ojos que nos miraron,

las manos que sostuvimos…

todo eso sigue en nosotros

aunque el tiempo no lo pueda retener.

No estamos hechos para durar,

estamos hechos para pasar

con dignidad,

y dejar algo tenue

en el lugar donde estuvimos.

V Sapere Aude

Atrévete, decía,

como quien abre una ventana

aunque afuera resoplé un designó de júpiter desconocido.

No hay sabiduría sin riesgo,

la mente que no se mueve

se convierte en un cuarto cerrado,

y los sueños necesitan espacio.

Preguntá, incluso si la respuesta duele.

Buscá, incluso si el camino se estrecha.

La claridad nunca llega

a quien se queda quieto.

Y si alguna vez dudás,

recordá esto,

el mundo es más amplio

que cualquier miedo,

y vos sos más capaz

de lo que te contaron.

VI Reflexión del Poeta menor sobre Horacio

Yo no sé si alguna vez llegué a entender del todo a Horacio.

A veces pienso que escribía para hombres más sabios que yo,

otras, que buscaba apenas un compañero que lo escuchara sin juzgarlo.

Quizás por eso me gustaba tanto memorizar sus versos,

sentía que me hablaba al oído,

como un viejo amigo que se sienta a beber conmigo

sin pedir permiso.

Horacio sabía mirar el mundo sin exagerarlo,

ni lo alzaba demasiado,

ni lo hundía en tragedias definitivas.

Decía que la vida enseñaba con suavidad,

si uno tenía el coraje de prestarle atención.

Y yo, que anduve por caminos torcidos,

me encontré más de una vez

sosteniéndome en esa calma suya.

A veces escribía así, para no olvidarlo,

Hay un punto medio

donde el alma reposa,

ni en la cima que encandila

ni en el valle que oscurece.

Ahí, decía él,
se asienta el hombre que aprende,
allí, donde nada sobra
y nada falta.

Y aunque mis manos nunca alcanzaron
la música perfecta de sus odas,
guardé de él una enseñanza simple,
que la vida, aun en sus días más rudos,
puede volverse ligera
si uno sabe dónde apoyar el corazón.

Por eso lo anoté todo,
como buen discípulo menor.
No para imitarlo, eso sería insolente
sino para recordarme
que incluso un mortal torpe como yo
puede aprender a vivir
si escucha al maestro correcto.

Introducción a Ovidio

Mi tío cambiaba de humor como un enamoradizo bajo las conjuras de afrodita.

Nunca lo entendí mejor que cuando hablaba de Ovidio.

Decía que sus versos no se desplazaban, se deslizaban.

Y que todo lo que tocaban cuerpos, dioses, deseos, culpas

acababa por transformarse en algo que no era,

pero que siempre había estado esperando ser.

Cuando yo era un muchacho, él me explicaba que el mundo verdadero

no está hecho de columnas ni de jerarquías,

sino de deseos

miradas que se comen, silencios que se derriten,

palabras que corren como agua bajo un puente viejo.

Ahí, decía, vive Ovidio.

En lo que vibra.

En lo que está por romperse.

En lo que todavía no decidió qué forma tendrá mañana.

Le gustaba leerme sus apuntes en voz baja,

como si temiera que los dioses escucharan,

o como si supiera que cada nombre mítico

es apenas un disfraz sobre algo más profundo y más humano,

un miedo, un deseo, un anhelo que cambia de piel.

Y cuando hablaba del exilio del poeta,

se le oscurecían los ojos.

No por Tomis, ese lugar remoto que sólo los aventureros nombran,

sino por la herida más amplia,

la que conoce cualquiera que haya sido arrojado fuera de sí mismo.

El exilio, me dijo una vez

no es un sitio,

es un estado del alma que ya no encuentra su refugio.

Por eso guardó estos textos con tanta delicadeza,

eran los más cercanos a su propio corazón inquieto.

Su prosa acá se vuelve más viva, más ansiosa, más ondulante,

como si su mano imitara el movimiento del agua

o del deseo que no se deja atrapar.

Este es, pues, el libro donde mi tío

se permitió ser sin medida,

dejarse desordenar por lo que ama,

y confesarse sin decirlo del todo

un hijo adoptivo de Ovidio.

I Omnia mutantur

Todo cambia,

y no por mandato de los dioses,

sino por esa curiosidad pequeña

que vive dentro de las cosas

como teseo en el laberinto.

El día acaricia una estatua
y ya es otra.
La luz cae sobre un rostro
y lo vuelve desconocido.
Un nombre pronunciado dos veces
no suena igual.
Ni la misma persona lo escucha igual.

La musa que antes buscaba decoro
ahora busca hedonismo.
El agua que huye del río
regresa como espuma,
como lágrima,
como gesto que no recordabas
y aún así te pertenece.

Yo también cambié,
aunque a veces finja ser el mismo,
un mortal que intenta atrapar con versos
lo que ya se volvió otra forma,
otro querer,
otra voz.

Y, sin embargo,

hay algo en este fluir que consuela,

si todo cambia,

también cambian las pérdidas,

también cambian los arrepentimientos,

también cambia el miedo que creímos eterno.

Porque nada, ni el amor,

ni el dolor,

ni siquiera yo

permanece quieto

cuando el mundo continúa con su juego.

II Ars Amatoria

No te voy a enseñar a amar,

el amor no se aprende,

se despierta.

Pero sí puedo decirte

dónde suelen comenzar las llamas,

en la curva inesperada de una conversación,

en la mano que toca otra por descuido,

en la palabra que tarda un segundo más
en pronunciarse.

El arte, este arte
no es un manual,
sino un movimiento,
mirar sin deseó,
escuchar al otro como uno,
entender que el deseo
es un dios tímido
que se acerca cuando no lo llamás
y huye cuando lo ordenás venir.

Hay un secreto,
si querés llamarlo así,
no conquistar,
sino corresponder.
Responder al fuego con fuego,
al silencio con un gesto,
a la duda con una risa suave
que diga quedate.

El cuerpo habla antes que la boca,
hablale en su idioma.

Un toque breve,

una pausa eterna,

un perfume que queda flotando

como promesa.

Y si el amor se aleja,

dejalo ir sin tragedia,

lo que arde demasiado pronto

también sabe regresar

cuando encuentra tierras nuevas.

Así amó Ovidio, creo yo,

con elegancia inquieta,

con juego,

con piel,

con un poco de osadía

y otro poco de ternura.

Y así escribí yo estas líneas,

recordando que el deseo,

para ser verdadero,

debe moverse

como el agua que nunca pide permiso

para tocar la orilla.

III El Exilio en Tomis

No conozco Tomis,
ni sus paisajes desolados
ni sus costa sin épica heroica
Pero sí conozco el lugar
donde uno se siente lejos de sí mismo,
y creo que ahí empieza
el verdadero exilio.

Hay un momento que llega
sin hacer gala,
que no necesita barcos ni decretos,
basta una palabra mal dicha,
un amor que se vuelve muro,
un error que nadie perdona.
Y de pronto,
estás afuera.

No afuera del mundo,
afuera de tu nombre.

En ese desamparo
las cosas cambian de sentido,
la memoria se vuelve una casa cerrada,
el futuro un territorio ajeno,
y la tierra donde apoyás los pies
parece moverse como una criatura viva
que no quiere sostenerte.

A veces creí, como Ovidio,
que la herida era castigo,
otra, revelación,
la certeza de que nada nos pertenece
si no estamos dispuestos a perderlo.

Pero incluso en ese sisma frío
hay un sacrificado que insiste,
una luz mínima,
un nosotros de quien fuimos,
un deseo que todavía impulsa
aunque no tenga dónde dormir.

Esa inclasificable sensación,
es lo que mantiene al exiliado en pie,
saber que aún lejos,

aún roto,

aún sin nombre respetable,

algo dentro de uno

se niega a dejar de ser.

Y así,

esa injusticia universal que llamamos Tomis

se vuelve también

el primer paso de regreso.

Intermezzo A lo que muda de nombre

Todo lo que amamos

tiene un instante

en que deja de ser lo que era.

Un objeto,

una voz,

un recuerdo que se vuelve otro

mientras lo miramos.

En ese segundo

fugaz como el ala de un dios

comprendemos que el mundo

no cambia por voluntad,

sino por revelación.

Nada muere,

se renombra.

Como si el universo,

en su secreto oficio,

corrigiera la luz

para mostrarnos

una verdad más honda.

Intermezzo B Sobre el arte de amar de Ovidio

Amar decía Ovidio

no es poseer ni retener,

sino saber demorarse.

Quedarse un instante más

en la palabra que adjetiva,

en la razón que crítica,

en el gesto que todavía

no comprende su destino.

El amor no se gana,

se corresponde.

Y en esa correspondencia,

leve como un papel de arroz,

nace la única victoria

que no necesita huérfanos.

El resto,

las conquistas, los ardides,

los juegos brillantes,

son apenas siluetas

de una verdad más profunda,

que quien ama de verdad

aprende a escuchar

el silencio del otro

y lo convierte

en promesa.

Nota del centurión Sobre Oblidio y Ovidio

Al terminar estos papeles, siento que conozco a Ovidio mejor que a cualquier otro poeta.

Su movimiento, su deseo, su manera de transformar lo cotidiano en mito... todo eso yace inmutable en las páginas de mí tío.

Pero Oblidio (mi tío) fue un viajero más solitario que los otros.

Lo conocí menos.

No porque lo considerara menor,

sino porque su exilio llegó demasiado pronto,

y las palabras que dejó fueron más silenciosas, más esquivas, más íntimas.

Todavía puedo imaginarlo, de noche, solo ante la gran urbe eterna, escribiendo, corrigiendo, blasfemando,

un hombre que amaba con cuidado y aprendía de cada cambio,

un aprendiz del mundo,

y de Ovidio, su maestro secreto.

Al final, estos textos me enseñan que no se necesita estar cerca de alguien para escuchar su corazón.

A veces basta con que sus mascaras lleguen a nuestras dulces o amargas manos.

Introducción a Virgilio ordenado por el centurión

Oblidio hablaba de Virgilio con menos palabras que de los otros.

No por falta de admiración, sino porque había cosas que, decía, no se debían tocar demasiado, como ciertos recuerdos que al nombrarlos vuelven a sangrar.

De Horacio hablaba como de un maestro.

De Ovidio, como del fuego de Prometeo.

De Virgilio, en cambio, hablaba como quien recuerda a alguien que vio cargar a Atlas el peso del mundo y en el fondo no le correspondía del todo, pero que nadie más estaba dispuesto a llevar.

Decía que Virgilio no recitaba, medía.

Medía las palabras como se mide el paso cuando el suelo no es firme.

No levantaba la voz, no buscaba el aplauso inmediato.

Escribía como si supiera que lo que estaba poniendo en el mundo iba a quedarse cuando él ya no pudiera defenderlo.

Una vez, esto lo recuerdo con claridad me contó una escena mínima, casi insignificante, pero que nunca olvidó.

Fue en un jardín, temprano, cuando el sol todavía no había decidido si iba a calentar el día. Virgilio caminaba solo, con un rollo en la mano. Mi tío estaba ahí, a un costado, sin intención de acercarse. Virgilio se detuvo junto a un árbol joven, recién plantado. Lo miró largo rato. Después apoyó el rollo en el tronco, como quien necesita liberar las manos para pensar.

Dijo en voz baja —tan baja que apenas se oía:

"Esto va a crecer, aunque yo no esté."

Nada más.

Tomó el rollo, dio media vuelta y se fue.

Mi tío no supo si esas palabras hablaban del árbol, del poema, o de Roma. Quizás de todo al mismo tiempo. Lo cierto es que volvió a su

casa inquieto, con la sensación de haber presenciado algo que no era un verso, sino una responsabilidad.

Desde entonces entendió que Virgilio escribía para el porvenir, pero no con esperanza ligera. Escribía sabiendo que toda fundación exige una pérdida, que todo destino cobra su precio, y que no hay imperio que no se edifique sobre renuncias que nadie recitará jamás.

Por eso, cuando abordó los textos inspirados en él, mi tío fue más lento. Corrigió más. Tachó más. Dudó más. Decía que con Virgilio no se podía jugar, porque no estaba hablando de dioses caprichosos ni de placeres humanos, sino de aquello que arrastra a los hombres aun cuando creen estar eligiendo.

Hablan del costo.

Del hombre que carga al padre.

Del enemigo que cae porque llegó tarde a la historia.

Del fundador que sabe que su nombre será recordado, pero no las manos que sangraron para que ese recuerdo exista.

Si Horacio enseña a vivir,

y Ovidio a transformarse,

Virgilio enseña a soportar.

Hay palabras que no nacen para agradar, sino para permanecer como advertencia.

Yo, que ordeno estos rollos después de su muerte, entiendo ahora por qué esta sección estaba siempre separada, envuelta con más cuidado que las otras.

Hay herencias que no consuelan.

Sólo obligan.

Y Virgilio es una de ellas.

I Fatum

No se elige el destino,
se lo reconoce.

Llega antes del nombre,
antes del juramento,
antes incluso del miedo
que aprende a decir "yo".

No trae promesas.
Trae responsabilidad.

Algunos lo llaman gloria
cuando lo ven desde lejos.
De cerca,
tiene la forma de una carga
que nadie reclama
pero alguien debe tomar.

El destino no persuade,
no argumenta,

no concede descanso.

Avanza.

Y el hombre que lo sigue

no es más valiente que otros,

sólo es aquel

al que no le fue permitido

dar un paso al costado.

He visto ojos apagarse

no por cobardía,

sino por lucidez.

He visto ojos entender

que no habrá regreso

al punto donde todo era simple.

Cumplir el destino

no ennoblece.

Consume.

Pero hay algo que permanece

cuando todo se pierde,

el gesto de sostener

lo que de otro modo

se derrumbaría.

No para ser recordado.
No para vencer.
Sino para que el mundo,
aun confuso,
pueda formular el tal vez.

Eso es el destino,
no una corona,
sino una carga
que se hereda en silencio
hasta que alguien,
agotado,
la entrega al siguiente.

II Fundación

Ninguna ciudad nace del vacío.
Antes hubo campo,
hogares bajos,
nombres dichos en voz cotidiana
que nadie escribió en arcilla.

Para que un muro se eleve
alguien debe darse en sacrificio,
sin necesidad de júbilo.

Las cosas no preguntan
de dónde vienen.
Aprenden pronto
a trasformarse unas a otras
y olvidan las manos o herramientas
que las arrancaron de la tierra.

Fundar es elegir
qué no continuará.

No es creación,
es renuncia.

Roma se levanta
con paso firme,
pero debajo del suelo
hay gritos que no llegaron a ser historia,
vidas cortadas
para que otras aprendan a durar.

El fundador avanza
mirando al frente.
Si mirara atrás
no podría dar un paso más.

No porque dude,
sino porque entendería demasiado.

Toda ciudad exige
un punto de silencio,
un lugar donde ya no se pregunta
quién fue primero
ni quién tenía razón.

Ahí comienza el orden.

No como justicia,
sino como necesidad.

Y cuando el primer cimiento queda fijo,
el mundo cambia de forma.

Lo que antes era posible

se vuelve pasado.

Desde ese instante,

la ciudad existe,

y todo lo demás

aprende a obedecerla.

III El Padre

El padre molesta más

cuando ya no guía.

No es el cuerpo,

es lo que trae,

los dioses antiguos,

la culpa heredada,

el tiempo que no volverá.

El hijo avanza

sin poder soltar

ni retroceder.

Cada instante es memoria.

Cada paso, deuda.

Nadie funda solo.

Y cuando al fin lo deja en tierra,

no hay descanso.

Sólo la certeza

de que ahora

él será la culpa

que otro cargue.

IV Turno

No todos los vencidos

llegan tarde por error.

Turno cae

no porque sea injusto,

sino porque el tiempo

ya eligió otro participante.

Luchó bien.

Eso no importa.

El destino no escucha méritos,

ordena.

Cuando la espada desciende,

no se cierra una batalla,

se clausura

una posibilidad.

En ese gesto

nace Roma.

Y algo más muere

que nadie volverá a narrar.

Hasta que otra Roma,

También le toqué su final.

V El Costo

Nada de esto fue gratis.

Ni la ciudad,

ni la ley,

ni el nombre que perdura.

Cada orden tuvo un destinatario.
Cada frontera, una noche sin regreso.
Cada victoria, hombres
que no volvieron a ser los mismos.

El imperio no se sostiene
con himnos,
sino con cansancio.

Con obediencias que desangran.
Con silencios aprendidos.
Con vidas gastadas
para que otras vivan en orden.

Roma avanza
porque alguien se queda atrás.

Y mientras el mundo admira la forma,
pocos miran el precio.

Pero el precio está ahí,
siempre.

En la germanía.

En los dioses derrotados.

En los bárbaros que fueron y serán crucificados,

y en los legionarios que morirán sin ser conocidos.

Eso es lo que queda

cuando el destino se cumple,

no gloria,

sino permanencia

pagada en sangre ajena.

Las Notas de Oblidio

Nunca pensé estas líneas para ser leídas. Las escribí como quien deja ofrendas en el camino, no para volver, sino para saber que estuvo allí. Cuando los versos se volvían insuficientes, recurría a la prosa, más pobre, más directa, menos dispuesta a mentir.

Sobre Lucrecio

Lucrecio me enseñó que el mundo no necesita intención para existir. Los átomos caen, se juntan, se separan, sin odio ni piedad.

Comprender eso no me volvió más hondura, como temían algunos, sino más sobrio.

Si el dolor no es castigo, entonces tampoco es vergüenza. Es parte del movimiento. Y vivir consiste, acaso, en aprender a no maldecirlo todo.

Sobre Epicuro

De Epicuro aprendí que el miedo es el verdadero gobernante de los hombres. No el miedo a morir, sino el miedo a perder lugar, nombre, seguridad.

Decía que el placer verdadero es sencillo y que la serenidad es el mayor bien. En Roma, estas ideas se miran con recelo. Acá se confunde la inquietud con virtud y el exceso con grandeza. Tal vez por eso Epicuro siempre llega en voz baja y sin preludio.

Sobre Cicerón

Cicerón creyó, hasta el final, que la república podía salvarse con palabras bien dichas. Y durante un tiempo, fue cierto.

Lo escuché hablar cuando todavía había leyes que importaban. Después, seguí oyéndolo cuando ya sólo quedaban ejércitos.

Su tragedia no fue la ingenuidad, sino la tardanza. Entendió el derrumbe cuando ya se estaba produciendo. La elocuencia no detiene una espada, apenas la retrasa.

Sobre Pompeyo

Pompeyo fue grande antes de saber qué hacer con su grandeza. Acostumbrado a vencer, no supo perder ni gobernar.

Muchos lo llamaron el último defensor de la república. Yo creo que fue algo más triste, el hombre que representaba un orden que ya no podía sostenerse.

Cuando cayó, no cayó sólo un general. Cayó la ilusión de que Roma podía volver atrás.

Sobre la guerra civil

Nadie anuncia una guerra civil. Se la reconoce cuando ya es tarde.

Empieza en los gestos, en las sospechas, en los silencios prolongados. Después llegan los nombres, las listas, las lealtades obligatorias.

La guerra civil no destruye edificios, destruye la confianza. Y sin confianza, cualquier victoria es precaria.

Sobre Craso

La muerte de Craso fue una lección que Roma rechazó. Creyó que el dinero bastaba para doblegar al mundo.

Murió lejos, sin gloria, sin épica. No como advertencia, sino como consecuencia.

Después de él, el equilibrio dejó de ser una opción. Cuando uno cae de ese modo, los demás ya no negocian, se preparan.

Sobre Octavio

Octavio no parecía peligroso. Eso lo hizo invencible.

No se apresuró. No alzó la voz. Observó. Administró. Aprendió a esperar mientras otros se consumían en la urgencia.

Cuando terminó la guerra, muchos hablaron de paz. Yo entendí que había llegado otra cosa, el orden definitivo.

Y todo orden definitivo exige obediencia prolongada.

Nota sobre los filósofos venideros

Aún no han nacido los hombres que intentarán reconciliar el poder con la virtud. Tal vez lo logren. Tal vez no.

Por ahora, vivimos en un tiempo donde la ética se discute en privado y la política se decide en el campo de batalla.

Si algún día surge una filosofía capaz de hablarle al imperio sin arrodillarse ante él, ojalá encuentre lectores más atentos que nosotros.

Nota final

Escribo todo esto sin esperanza de corrección. La historia ya tomó impulso.

Virgilio lo sabe. Por eso pesa tanto. Porque escribe cuando todavía es posible comprender, aunque ya no sea posible evitar.

Nota del centurión

Pasajes Imperiales

Oblidio escribió estas páginas mientras cruzaba el imperio. No buscaba describirlo ni juzgarlo. Viajaba porque era necesario, y porque quedarse ya no bastaba.

Anotó lo que veía al paso: caminos, fronteras, órdenes cumplidas, hombres cansados. En esos trayectos no intentó entender a Roma, sino entenderse a sí mismo lejos de ella.

No hay aquí épica ni lamento. Sólo estaciones.

El imperio aparece como aparece siempre: funcionando.

Ordené estos fragmentos como se ordenan los hitos de una ruta.

A veces el viaje revela. A veces, sólo confirma la pérdida.

Paisaje Imperial I

Leusis

Llegué sin insignias. Nadie las habría permitido. En este lugar, incluso Roma entra descalza.

No pregunté leyendas ni ritos. Me dijeron que no era ignorancia lo que se exigía, sino silencio. Que quien busca entender aquí, no entiende nada. Quien acepta no saber, comienza.

Vi campos comunes, un camino gastado, hombres y mujeres sin jerarquía visible. Nada anunciaba lo que se guardaba. El misterio no se protege con muros, sino con sobriedad.

Me hablaron del descenso y del retorno, no como promesa, sino como experiencia compartida. Nadie afirmó haber vencido a la muerte. Sólo dijeron que ya no les resultaba extraña.

Pensé en Roma, en su necesidad de nombrar, clasificar, registrar. Acá no se anotaba nada. Aquí se salía distinto o no se salía.

Antes de partir, entendí algo simple,

el imperio domina la superficie del mundo,

pero hay lugares donde la profundidad no obedece.

Fragmento

No vi a la diosa.

No oí su voz.

Pero supe

que lo perdido

no siempre está ausente.

Hay retornos

que no restauran,

sólo enseñan

a soportar la noche.

Paisaje Imperial II

Creta

No encontré el laberinto. Y supe, casi de inmediato, que nunca había estado ahí.

Las ruinas dispersas, las columnas menores, los caminos torcidos no conservaban rastro alguno de diseño. El lugar no guardaba memoria, era la memoria la que insistía sobre el lugar. El mito había hecho su trabajo con mayor eficacia que la arquitectura.

Pregunté por el Minotauro sin nombrarlo. Pregunté por aquello que debía ser ocultado. Me respondieron con historias repetidas, pulidas por el tiempo. Nadie supo decir dónde. Todos supieron decir por qué.

Comprendí entonces que el monstruo no era una bestia, sino una forma de nombrar lo que no encaja. El Minotauro fue poeta antes que animal, nacido de un desorden, encerrado para que la ciudad pudiera seguir creyéndose armónica. Se lo alimentó con tributo joven no por crueldad, sino por necesidad simbólica. Toda polis necesita un centro donde depositar lo inexplicable.

El laberinto no fue construido para perderse, sino para recordar siempre lo mismo. Entrar, temer, obedecer, salir. El héroe no destruye ese orden, lo confirma. Teseo cumple la función que el mito

le asigna. Mata lo que la ciudad no quiere escuchar y vuelve con un relato que tranquiliza.

Ariadna ofrece el hilo, no para salvar al monstruo, sino para garantizar el regreso del vencedor. El hilo no guía hacia la verdad, guía hacia la celebración.

Roma comprende este mecanismo sin necesidad de nombrarlo. Cambia piedra por ley, pasillo por decreto, encierro por archivo. No mata al poeta, lo convierte en figura útil o lo deja morir en silencio.

Al irme, entendí lo más grave,

el laberinto no necesita existir.

Basta con que se lo recuerde.

Basta con que alguien crea

que hubo algo allí

que debía ser vencido.

Fragmento

El monstruo no rugía.

Escuchaba.

Lo llamaron centro

para no llamarlo voz.

El héroe salió.

El canto quedó

bajo la tierra

que nunca fue excavada.

Paisaje Imperial III

Los órficos

No llegué por camino visible. Me guiaron al borde de una colina menor, sin templo, sin señal alguna. Nadie custodiaba el lugar. Nadie lo necesitaba. Lo que se guarda ahí no se defiende, se transmite.

Los órficos no hablaban de dioses como figuras, sino como estados. No prometían salvación ni perdón. Hablaban del alma como algo antiguo, cansado de volver. Decían que vivir es recordar mal y morir es recordar mejor, aunque nunca del todo.

Escuché el nombre de Orfeo como se escucha una advertencia. No lo nombraban por su talento, sino por su error. Descendió con canto, pero volvió con silencio. Miró cuando no debía. No por desobediencia, sino por amor. Y el amor, dijeron, no respeta las leyes del tránsito entre mundos.

Entendí entonces que el poeta no fracasa por falta de belleza, sino por exceso de fe en ella. Cree que la palabra puede sostener lo perdido. Cree que el canto basta. Los órficos no se burlan de eso, lo aceptan como límite.

Aquí no se niega la muerte. Se la reconoce como maestra. No hay promesa de retorno completo, sólo la posibilidad de vivir con mayor atención. Quien ha descendido, aun sin éxito, ya no habla igual.

Pensé en Roma, en su miedo al silencio. En su necesidad de que todo vuelva convertido en utilidad. El orfismo no regresa con leyes ni con doctrina. Regresa con una fisura.

Antes de irme, entendí por qué el imperio tolera estos cultos,

porque no disputan el poder.

Sólo recuerdan que hay zonas

donde el poder no entra

sin perder forma.

Fragmento

Cantó para abrir la noche

y la noche escuchó.

No fue castigado por mirar,

sino por creer

que la belleza

podía obedecer.

Desde entonces,

el canto sabe

que no salva,

pero acompaña.

Vamos al cuarto.

Acá el libro se quiebra para no mentir.

Después del descenso órfico, sólo queda Dionisio.

Paisaje Imperial IV

Los dionisíacos

No entré solo. Nadie entra solo a este lugar.

No había puertas, pero había música. No había altar, pero el suelo estaba marcado por pasos antiguos, repetidos hasta borrar la forma.

Dionisio no se anuncia. Ocurre.

No pide fe, pide entrega. No promete sentido, promete intensidad. Acá el pronombre propio estorba. El cuerpo aprende antes que la razón.

Vi hombres romper la postura que Roma les había dado. Vi mujeres desatar una risa que no pedía permiso. Vi ancianos llorar sin causa visible, como si el tiempo saliera de ellos al fin.

Nadie hablaba de orden. Nadie lo atacaba tampoco. Simplemente dejaba de existir por unas horas.

Pensé entonces por qué el imperio tolera estas noches y las vigila al mismo tiempo. El exceso es peligroso no por violento, sino por sincero.

Acá no hay máscara que resista.

El que entra entero, sale fragmentado.

El que entra roto, sale liviano.

Pensé en Virgilio. En su destino siempre pagado. En la fundación que exige renuncia. Dionisio es lo que Roma reprime para seguir existiendo. No su enemigo, sino su sombra necesaria.

El vino no embriagaba, desarmaba.

La música no elevaba, descentraba.

El baile no celebraba, olvidaba.

Y en ese olvido breve, feroz, humano, entendí algo que ningún tratado enseña,

el hombre no soporta la pregunta detrás de la pregunta sin quebrarse un poco.

Dionisio no destruye el orden.

Le permite descansar.

Fragmento

No fundo ciudades.

Vino a recordar

que la carne

también es un texto

que exige ser leído

sin correcciones.

Cuando la recitación terminó,

no quedó doctrina.

Sólo una verdad cansada,

nadie sostiene el destino

sin perder algo

que creía suyo.

Paisaje Imperial V

Atenas

Llegué esperando claridad.

Columnas blancas, palabras exactas, una ciudad hecha para sostener la mente. Atenas aún las ofrece, pero ya no promete descanso.

Los mármoles resisten, no enseñan.

Las estatuas miran sin responder.

La razón permanece, pero ha perdido la voz que convocaba.

Caminé por la colina como quien entra en una casa heredada. Todo está en su lugar, pero nadie vive allí del todo. Me dijeron nombres, Sócrates, Platón, Aristóteles. No como presencias, sino como leyes.

Acá pensar es una obligación antes que un gozo.

Escuché a hombres discutir sin furia, con método. Cada argumento cerraba otro. Cada respuesta abría una pregunta menor. La razón avanzaba como un ejército disciplinado… pero cansado de conquistar siempre el mismo terreno.

Deslumbre entonces el límite,

la razón explica,

pero no consuela.

Puede ordenar el mundo, pero no decirnos por qué duele perderlo.

Atenas no cayó. Se agotó.

No por error, sino por exceso de lucidez. Pensó tanto el ser que olvidó el vivir. Separó con precisión lo verdadero de lo falso, pero dejó al hombre solo frente a esa verdad.

Roma aprendió de ella.

Tomó su lógica, su derecho, su arquitectura del pensamiento.

Pero nunca tomó su duda final.

Antes de irme, me senté en silencio.

No para aprender, sino para agradecer.

Porque incluso la razón fatigada enseñó algo esencial,

pensar es un acto noble,

pero no es un hogar.

Fragmento

Preguntaron qué es la justicia

y la definieron.

Preguntaron qué es la verdad

y la cercaron.

Pero cuando preguntaron

cómo vivir

después de saberlo todo,

el mármol

no respondió.

Paisaje Imperial VI

Cartago

No entré en una ciudad.

Entré en un recuerdo que ya no necesita voz.

Las ruinas no piden explicación.

No discuten con la historia.

Simplemente están, como un monumento al que nadie nombra pero todos evitan.

Cartago no cayó por error ni por debilidad. Cayó porque fue necesaria su caída. Eso es lo que más duele comprender, hay derrotas que no corrigen nada, sólo habilitan el triunfo ajeno.

Caminé entre piedras negras, sin inscripciones completas. Roma borró los nombres, pero no pudo borrar su eternidad. Aquí no hay grandeza vencida, hay interrupción. Una historia detenida a la fuerza.

Pensé en Dido. No como mito, sino como símbolo, la fundación que no tuvo tiempo de justificarse. Amar demasiado pronto, gobernar demasiado bien, existir demasiado cerca del vencedor.

Cartago enseñó algo que Roma jamás admitiría,

que el poder no necesita razón,

sólo oportunidad.

No encontré historia viva, ni costumbres persistentes. Encontré muerte trabajada, un sepulcro que fue impuesto y, con el tiempo, aceptado. La tierra aprendió a callar.

Antes de irme, esbocé por qué estas ruinas lloran más que cualquier victoria,

porque no prometen retorno.

No anuncian renacimiento.

Sólo muestran el precio final

de haber sido.

Fragmento

No hubo juicio.

Hubo necesidad.

La ciudad no murió,

fue clausurada.

Desde entonces,

cada imperio camina

con una ciudad ausente

bajo los pies,

sin recordar su nombre

pero sintiendo su presencia compasiva.

Vamos a Alejandría.

Acá el libro se llena… y entiende que el exceso también ciega.

Paisaje Imperial VII

Alejandría

Alejandría no se recorre, se acumula.

Cada codo suma una lengua, una cifra, un dios traducido. No hay centro. Todo quiere serlo.

Entré como quien entra a una mente que nunca duerme. Pergaminos, mapas, instrumentos, voces que discuten sin conocerse. Aquí el mundo no se vive, se clasifica. Se mide el cielo, se disecciona el cuerpo, se ordena la historia como si fuera posible contenerla.

La biblioteca ya no es un edificio. Es una ambición. Alejandría cree que saberlo todo es una forma de salvación. Roma la respeta por eso. La necesita. El imperio administra mentes, Alejandría administra sentido.

Pero hay un cansancio distinto al de Atenas. No el del pensamiento que duda, sino el del conocimiento que no alcanza. Acá se sabe demasiado para creer y demasiado poco para descansar.

Vi sabios que jamás salieron de la ciudad y marineros que sabían más del mundo que todos ellos. Vi mapas perfectos de tierras que nadie amaba. Vi nombres de dioses reducidos a entradas, como si lo sagrado pudiera archivarse sin perder sangre.

Comprendí entonces el límite último,

el conocimiento reúne,

pero no reconcilia.

Puede mostrar todas las rutas, pero no decir cuál quedarse.

Alejandría no funda. Conserva.

No destruye. Traduce.

No promete verdad. Promete totalidad.

Antes de irme, supe que esta ciudad estaba destinada a arder, no por ignorancia, sino por plenitud. Nada que lo contenga todo sobrevive intacto. El fuego no la negó, la cumplió.

Fragmento

Reunieron el mundo
para no perderlo.

Y al tenerlo entero,
no supieron
dónde poner el corazón.

Porque saberlo todo
no enseña
a elegir
qué amar.

Paisaje Imperial VIII

Jerusalén

No entré como vencedor ni como peregrino.
Entré como quien pisa un suelo que no se deja traducir.
Jerusalén no se ofrece.

No acumula, no explica, no seduce.

Resiste.

Cada edificación parece colocada contra el tiempo. No para vencerlo, sino para recordarle que hay algo que no negocia. Acá el mundo no gira alrededor del hombre, sino alrededor de una promesa que nadie terminó de comprender.

Roma camina con cautela en estas calles. No por miedo a la fuerza, sino al sentido. Las legiones saben cómo tomar ciudades, pero no cómo gobernar una espera. Jerusalén no discute el poder, lo ignora.

Escuché palabras antiguas, repetidas con una fidelidad que no admite metáfora. No hablan de destino como los griegos, ni de placer como los poetas, ni de razón como los filósofos. Hablan de pacto. Y el pacto no se argumenta, se cumple o se rompe.

Aquí el tiempo no es línea ni círculo. Es tensión.

Todo está por suceder, siempre.

El pasado no se clausura.

El futuro no se adelanta.

Vi entonces por qué esta ciudad es insoportable para el imperio,

porque no acepta ser el final de nada.

Siempre espera otra cosa.

Otro día.

Otro cumplimiento.

No encontré consuelo, pero encontré firmeza. No encontré belleza serena, pero encontré verdad dura. Jerusalén no promete felicidad. Promete sentido, incluso cuando duele.

Antes de irme, supe que esta ciudad no será destruida del todo nunca. Puede ser arrasada, tomada, reconstruida. Pero su núcleo permanece intacto, una espera que no se rinde.

Fragmento

No pidieron explicación.

Pidieron fidelidad.

No ofrecieron respuestas,

ofrecieron tiempo.

Y el mundo, impaciente,

nunca supo

qué hacer

con una promesa

que no se deja apurar.

Paisaje Imperial IX

El Rin

El río no separa.

Eso lo aprendí al verlo de cerca. El Rin no traza una línea, demora el cruce. Roma lo llama frontera para tranquilizarse, pero el agua no sabe de imperios.

Del otro lado viven los que llamamos bárbaros. No porque no hablen, sino porque no los entendemos. Bar bar, decían los antiguos, el sonido que no se ordena, la lengua que no entra en nuestros moldes. Nombrarlos así nos ahorra la tarea de escucharlos.

Desde este margen, Roma se siente forma. Ley, calendario, moneda, archivo. Del otro, ve dispersión. Pero cuando el viento trae sus cantos ásperos, rítmicos, vivos entiendo que no es caos, es otro orden, no escrito, no fijado.

Ellos no miden el tiempo por fechas, sino por inviernos. No recuerdan por estatuas, sino por gestos. No conquistan para durar, resisten para seguir siendo. Para ellos, nosotros somos los extraños, hombres que confían su memoria a la piedra y su coraje al reglamento.

Me pregunto cómo nos nombran.

Quizás los que sufren.

Los que caminan con la historia a cuestas.

Los que necesitan maravillas para creer que existen.

Roma llama civilización a lo que controla.

Llama barbarie a lo que no puede administrar.

Pero aquí, al borde del agua, comprendo la verdad incómoda,

el imperio necesita al bárbaro para saberse centro.

Y el bárbaro necesita al imperio para saberse libre.

Ninguno es inocente.

Ninguno es completo.

Fragmento

Los llamamos bárbaros
para no admitir
que viven sin pedir permiso
a nuestras palabras.

Ellos nos miran
como quien observa
una jaula bien construida
y se pregunta
por qué alguien
querría habitarla.

Paisaje Imperial X

Hispania

En Hispania no sentí llegada.

Sentí asentamiento.

Nada se impone del todo aquí. Roma está, pero conversa. Las terrazas latinas se apoyan sobre dioses antiguos que no se dejaron expulsar. Las lenguas se cruzan, los ritos se mezclan, las leyes se adaptan al pulso del suelo.

No hay pureza.

Hay continuidad.

Los caminos romanos avanzan, sí, pero lo hacen sobre memorias que no se borran. El campesino ofrece vino a Marte y a un dios sin nombre. El soldado reza en latín y sueña en otra lengua. Nadie ve contradicción en eso. La vida no exige coherencia perfecta.

Comprendí que Hispania no resiste ni vence. Traduce.

Toma lo que llega y lo vuelve propio sin pedir permiso. Acá el imperio aprende algo que jamás entendió del todo, durar no es dominar, es mezclarse sin desaparecer.

Pensé que si Roma tuviera un descanso, sería este.

No el de la victoria.

El de la aceptación.

Antes de irme, supe que el viaje había terminado.

No porque no quedaran lugares,

sino porque ya no hacía falta ir.

Fragmento

No levantaron muros nuevos.

Usaron los viejos

como cimientos.

Aquí el mundo no se ordena,

se hereda.

Y en esa herencia impura

la vida

aprende a seguir.

Notas finales de Oblidio

halladas entre los últimos rollos, sin fecha

He recorrido más tierras de las que puedo nombrar sin fatiga. He escuchado dioses distintos decir cosas parecidas con voces que al principio me resultaron extrañas. Creí, durante años, que buscaba un lugar definitivo. Un centro. Un sentido que pudiera fijarse como una estaca en la tierra.

No lo encontré afuera.

Y no fue una pérdida.

Con el tiempo entendí que el viaje no era acumulación, sino tránsito. Que cada ciudad me mostró una forma distinta de la misma pregunta. Que Horacio me enseñó a habitar el día, Ovidio a aceptar

el cambio, Virgilio a pagar el precio de toda fundación. El imperio me mostró el mundo. Pero también sus límites.

Comprendí que no necesito narrar cada sitio restante. No por desprecio, sino por claridad. El movimiento ya ocurrió. Lo esencial fue aprendido, todo cambia, todo se mezcla, todo pide atención antes de perderse.

La vida no se deja poseer.

El amor no se deja fijar.

La cultura no se conserva intacta, se transmite deformándose.

He amado sin saber del todo cómo. He aprendido tarde y olvidado rápido. He visto ideas nacer como templos y caer como ruinas. Y aun así, no llamaría a esto fracaso. Llamaría a esto condición humana.

Si algo queda de mí en estas páginas, no es doctrina ni enseñanza, sino una disposición, escuchar antes de juzgar, mirar antes de nombrar, vivir sin exigirle al mundo que sea simple.

Hoy sé que aquello que siempre busqué sentido, pertenencia, descanso no estaba en un sitio, sino en la manera de atravesarlos. El viaje no termina cuando se llega, sino cuando se comprende.

Y si alguien lee esto algún día, no le pediría que me crea.

Sólo que viva con atención.

Eso basta.

Registro complementario

anotación hallada al final del volumen, sin firma

Por disposición de la autoridad competente,
y conforme a lo evaluado por los lectores designados,

se establece lo siguiente:

I Los escritos contenidos en el presente conjunto
poemas, notas personales, introducciones y comentarios.
No deberán ser copiados ni difundidos fuera de archivo.

II Las piezas de carácter reflexivo
no ajustadas a los usos formativos ni a la tradición aceptada
serán consideradas impropias
para circulación pública.

III El material será conservado
en depósito restringido,
sin mención de autoría secundaria.

IV El portador del cofre
y responsable de su ordenamiento
quedará destinado a servicio prolongado
en puesto administrativo de frontera,
a determinar según necesidad.

V No se requerirá notificación adicional.

Anótese.

Archívese.

La copia se interrumpe aquí.

No hay constancia del destino.

No hay respuesta registrada.